

La lucha por la santidad en la vida y en las obras de san Josemaría Escrivá

Mons. Flavio CAPUCCI
Postulador general

El 5 de marzo de 1976, cuando no se había cumplido todavía un año desde el fallecimiento de Josemaría Escrivá, Pablo VI recibió en audiencia al primer sucesor del fundador del Opus Dei, Álvaro del Portillo, y le aconsejó que comenzara a recoger los escritos y documentos del fundador, porque constituían «un tesoro —dijo— que ya no pertenece sólo al Opus Dei». Aunque el Santo Padre le dio permiso para hablar de esto, mons. del Portillo actuó como de costumbre de forma extraordinariamente discreta, y sólo me comentó aquella indicación del Papa dos años después, el 2 de febrero de 1978, al preguntarme si estaba dispuesto a trabajar en la futura causa de canonización de Josemaría Escrivá.

Si he recordado esto ahora es porque la canonización del fundador del Opus Dei confirma las palabras de Pablo VI: Josemaría Escrivá pertenece al tesoro de santidad de la Iglesia; su mensaje, que goza de la perenne novedad del Evangelio y se dirige a todos los hombres y mujeres del mundo, cristianos o no, forma parte ya del patrimonio de la Iglesia universal.

Con esta canonización se añade un eslabón más a la cadena de santidad que recorre la historia entera del cristianismo; una cadena formada por figuras que han enriquecido y enriquecerán hasta el fin de los tiempos el misterio de la Iglesia con su variedad de dones y carismas. Los 467 santos y 1.290 beatos que Juan Pablo II ha llevado a los altares no pueden considerarse simplemente como los representantes de unos grupos o instituciones concretas, o los exponentes de determinadas opciones y sensibilidades. La historia y el propio misterio de la Iglesia nos enseña que en cada uno de sus santos late y vive toda la Iglesia católica, que los vivifica a todos.

Qué es la santidad

Comencé a trabajar en esta causa hace veinticinco años, y pienso que algunas cifras pueden dar una idea elocuente del camino recorrido desde entonces. Durante el Proceso se celebraron casi un millar de sesiones. Se interrogó a un centenar de testigos de visu, es decir, a un número muy elevado de hombres y mujeres que trataron personalmente al nuevo santo: a lo largo de más de veinte años, en la mayoría de los casos. Se investigó en 390 archivos. Se presentó a la Santa Sede una voluminosa *Positio* en cuatro tomos, que suman en total unas seis mil páginas. Se han recogido 120.000 testimonios, con todo tipo de favores espirituales y materiales, procedentes de casi noventa países. Se han documentado de forma exhaustiva 48 milagros.

Pero no es este el momento para analizar la causa de canonización del fundador del Opus Dei desde un punto de vista técnico. Por otra parte, sólo los especialistas y los conocedores del desarrollo habitual de las causas están en condiciones de calibrar adecuadamente el alcance de unas cifras de semejante magnitud. Mi reflexión se dirige hacia otro punto.

Toda causa de canonización supone un estudio, bien fundamentado desde el punto de vista crítico y jurídico, que intenta responder a estos interrogantes: ¿existen pruebas válidas para proclamar la santidad de un determinado siervo de Dios sin sombra de duda alguna? ¿Cuenta la autoridad competente, a partir de ese estudio, con la certeza necesaria para proponer su canonización al Papa sin reservas de ningún tipo? Porque la decisión final, como es bien sabido, corresponde exclusivamente al Santo Padre.

Llegados a este punto, hay que recordar que todas las causas de canonización plantean de forma viva lo que podría denominarse la *paradoja de la santidad*. Con mayor motivo la causa sobre Josemaría Escrivá, que proclamó desde los años treinta, con una fuerza inusitada, la llamada universal a la santidad, el mensaje de que el trabajo, la vida de familia y las relaciones sociales son caminos de santidad.

La santidad —recuerda Josemaría Escrivá— es para todos y no sólo para unos cuantos privilegiados: no consiste en realizar unas gestas extraordinarias, sino en cumplir con amor los pequeños deberes de cada día. «¿Quieres de verdad ser santo? —se lee en *Camino*—. Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces». Y añade en el punto 817: La santidad «grande» está en cumplir los «deberes pequeños» de cada instante.

La santidad es asequible a todos, porque todos estamos llamados a la santidad. El concilio Vaticano II proclamó solemnemente esta verdad, confirmada luego por el alto número de personas que Juan Pablo II ha llevado a los altares. Esto no significa, en modo alguno, un *abaratamiento* de la santidad. La Congrega-

ción para las causas de los santos sigue exigiendo hoy en día, como condición indispensable, la heroicidad en el ejercicio de las virtudes cristianas: es decir, hay que seguir demostrando que los futuros santos vivieron heroicamente la virtud de la caridad, de la justicia, de la pobreza, de la humildad, etc.

Se plantea de nuevo la paradoja: todos los hombres están llamados al heroísmo, porque todos están llamados a la santidad; pero, de hecho, no todos llegan a alcanzar ese heroísmo en su vida. La santidad requiere una lucha que es asequible y hacendera; pero al mismo tiempo, titánica. Esos 467 santos y esos 1.290 beatos que han llegado a los altares durante este Pontificado nos confirman con su ejemplo que cada uno de nosotros puede llegar a la plenitud de la vida cristiana... si pone la decisión, el empeño, la *determinada determinación* de que hablaba santa Teresa.

La idea principal que he sacado después de tantos años de trabajo en esta causa es que Josemaría Escrivá, el santo de la vida cotidiana, fue un sacerdote que luchó con esa *determinada determinación* por identificarse con Cristo y con la voluntad de Dios durante todos los días de su vida. Eso le supuso un esfuerzo inenarrable y una lucha constante y ardua, que se fue haciendo cada vez más exigente y costosa a medida que se iba acercando a la meta.

Santidad y lucha

En ocasiones, el deseo de mostrar la vida espiritual del cristiano de un modo amable a las personas alejadas de la fe puede conllevar el riesgo de acabar deformándola. Y hay que decirlo con todas sus letras: la vida cristiana está indisolublemente unida a realidades fuertes como la conversión, la contrición, la penitencia y la mortificación.

Durante años he tenido que responder a las preguntas de personas que se escandalizaban al saber que el fundador del Opus Dei recomendaba la práctica de la mortificación cristiana. Les parecía una especie de residuo medieval, algo que afortunadamente la sensibilidad contemporánea ya ha logrado superar. Pero eso no es cierto: la cruz no se puede eliminar, no se puede arrancar del horizonte del cristiano. El amor por la humanidad es un amor redentor que pasa necesariamente a través del sacrificio. Por eso, la santidad cristiana sigue siendo sinónimo de lucha ascética: «La santidad está en la lucha, en saber que tenemos defectos y en tratar heroicamente de evitarlos. La santidad —insisto— está en superar esos defectos... pero nos moriremos con defectos: si no (...) seríamos unos soberbios» (*Forja*, n. 312).

La conclusión obligada, que avala la experiencia cotidiana, es que somos unos seres limitados y que toda nuestra vida deberemos luchar en los mismos frentes, procurando evitar la tentación pelagiana de confiar sólo en nuestras propias fuerzas, porque sin la ayuda de la gracia no podemos nada: «La santidad se alcanza con el auxilio del Espíritu Santo —que viene a inhabitar en nuestras almas—, mediante la gracia que se nos concede en los sacramentos, y con una lucha ascética constante. Hijo mío, no nos hagamos ilusiones: tú y yo —no me cansaré de repetirlo— tendremos que pelear siempre, siempre, hasta el final de nuestra vida» (*ib.*, n. 429).

Ningún cristiano puede alcanzar la santidad sin esfuerzo, sin esta lucha de amor que va acompañada siempre por la alegría, porque, como recordaba Josemaría Escrivá, «tener la cruz, es tener la alegría: ¡es tener a Ti, Señor!» (*ib.*, n. 766).

El concepto de santidad cristiana

Desde un punto de vista existencial, en el concepto de santidad se entrelazan algunas nociones fundamentales de la antropología cristiana, como la conversión continua, la vida como prueba, el tiempo como ámbito de la llamada de Dios y la respuesta del hombre, y, en palabras de Josemaría Escrivá, el continuo «comenzar... y recomenzar» (*Camino*, n. 292).

Desde esta perspectiva se justifica plenamente la identidad santidad-heroísmo. Así es como se entiende en la Congregación para las causas de los santos. Un heroísmo entendido como constancia, como empeño sin desfallecimientos ni altibajos. La búsqueda de la santidad supone, por tanto, una respuesta siempre positiva a los requerimientos divinos, ocultos en los sucesos aparentemente más intrascendentes de cada jornada.

Sería absurdo pretender que a esos requerimientos de Dios los santos den siempre la respuesta más difícil. Lo que se le pide al santo es que dé su mejor respuesta, según sus propias capacidades en cada momento concreto. Es algo parecido a la cuerda de una guitarra, que debe estar tensada al máximo para dar la nota adecuada. La vocación cristiana, que es una

llamada a la santidad (¿cuándo acabaremos de entender que santidad es sinónimo de salvación?), lleva sencillamente a evitar cualquier tipo de reserva, de tibieza, de falta de entrega.

Buscar a Dios

Otro punto importante: para ser santo no hace falta ser un genio ni un superhombre; pero es necesario actuar siempre con coherencia; es decir: con una voluntad enteramente orientada hacia Dios. Para ser santo hay que detestar el pecado con todas las fuerzas del corazón, porque el peor enemigo de la santidad son las omisiones, la tibieza y la falta de amor.

Se comprende, desde esta perspectiva, la importancia de las cualidades humanas en la lucha por la santidad, que es totalmente incompatible con la mediocridad. La santidad no es un simple resultado del esfuerzo o la tenacidad. No depende de poseer o no una gran musculatura interior. Es cuestión de amor. Pero es evidente que sin un carácter fuerte y decidido, capaz de levantarse una y otra vez, la santidad se convierte en una ilusión, en una quimera. Vale la pena meditar estas palabras de Josemaría Escrivá: «Acostúmbrate a decir que no» (*Camino*, n. 5). «No me seas flojo, blando. Ya es hora de que rechaces esa extraña compasión que sientes de ti mismo» (*ib.*, n. 193).

Capaz de levantarse una y otra vez, he dicho, porque la santidad es compatible con todos los errores e imperfecciones. Se comprende que la peor tentación contra la santidad sea —desde este punto de vista— la desesperanza: «No me olvidéis que santo no es el que no cae, sino el que siempre se levanta, con humildad y con santa tozudez» (*Amigos de Dios*, n. 131). «En este torneo de amor no deben entristecernos las caídas, ni aun las caídas graves, si acudimos a Dios con dolor y buen propósito en el sacramento de la penitencia. El cristiano no es un maniaco coleccionista de una hoja de servicios inmaculada. Jesucristo Nuestro Señor se conmueve tanto con la inocencia y la fidelidad de Juan y, después de la caída de Pedro, se enternece con su arrepentimiento» (*Es Cristo que pasa*, n. 75).

El santo, cuando se equivoca, no desespera: retorna, contrito, a la lucha. Confía en la infinita capacidad de perdón de Dios, aunque no abusa de ella, porque el temor filial le lleva a poner los medios para agradecer a Dios con todas las veras de su corazón.

La santidad se convierte de este modo en un diálogo vital con Dios, en una conversación de un hijo con su Padre Dios en la que va respondiendo a sus continuas llamadas de amor. Esta concepción está en plena sintonía con la tradición, que define la santidad como un esfuerzo por cumplir la voluntad de Dios del mejor modo posible. En este sentido, siempre me ha impresionado el punto 774 de *Camino*: «Escalones: Resignarse con la voluntad de Dios; Conformarse con la voluntad de Dios; Querer la voluntad de Dios; Amar la voluntad de Dios».

Josemaría Escrivá recorrió este camino —resignarse, conformarse, querer, amar— hasta el final, hasta el pleno abandono en la voluntad de Dios, que es mucho más que una resignación pasiva. Es un amor sincero a todo lo que Dios quiere: «Jesús, lo que tú quieras... yo lo amo» (*Camino*, n. 773).

Este abandono constituye, en mi opinión, la cima del heroísmo cristiano en los santos a los que el Señor ha confiado una misión con un particular relieve eclesial. Pienso que la *estrategia de santidad* que Dios siguió con el fundador del Opus Dei fue particularmente dura y exigente. La cruz estuvo presente en cada una de las jornadas de su vida, y se fue haciendo, con el paso de los días, más pesada y dolorosa.

Existe un cierto tipo de literatura hagiográfica que tiende a magnificar de forma desmesurada las figuras de los santos, agigantándolos exageradamente. Lo que acabo de decir sobre los obstáculos que deben superar los santos no va en esa línea. Los santos son personas imitables: si los alejáramos excesivamente de nosotros dejarían de ser hombres y mujeres ejemplares para convertirse en seres inalcanzables. La santidad supone lucha; pero es una lucha asequible, porque todos somos merecedores de los méritos infinitos de Cristo, que recibimos mediante los sacramentos. La intercesión de la Virgen para cada uno de nosotros constituye nuestra esperanza: ella es la omnipotencia suplicante.

Del mismo modo, en *Ecclesia*, recibimos la gracia divina por medio de la intercesión de los santos: ellos, que tanto padecieron durante su vida por nosotros, no se olvidarán de nosotros.

A la intercesión de Josemaría Escrivá acudo ahora, para que nos ayude desde el cielo a emprender con alegría nuestra lucha por la santidad en la vida cotidiana.